

— Es imposible, caballero; permitidme que os lo diga: una resolución como la que habéis tomado no nace del corazón de un hombre, sin un motivo cualquiera, sin un sentimiento de odio, sin una necesidad de venganza. Esperad; ahora recuerdo que dijisteis al capitán la Jonquiere, lo cual me ha manifestado él mismo, que habíais heredado ese odio; vamos, decidme; ¿qué causa lo ha motivado?

— Monseñor, es inútil que os molestéis. El suceso que dió lugar á ese aborrecimiento, no tiene para V. E. el más leve interés.

— No importa, decidmelo

— Pues bien: el regente mató á mi hermano.

— ¡El regente mató á vuestro hermano!... ¡Qué decís!... ¡Es imposible, caballero Gastón! exclamó el duque de Olivares.

— Sí, monseñor, lo mató, si del efecto nos remontamos á la causa.

— Explicaos, hablad... ¿Cómo el regente pudo?...

— Mi hermano, que contaba quince años más que yo y que ocupó cerca de mí el lugar de mi padre, muerto tres meses antes de mi nacimiento, y de mi madre, que perdió la existencia estando yo todavía en la cuna; mi hermano, pues, se enamoró de una joven, que por orden del príncipe permanecía educándose en un convento.

— ¿Sabéis en cuál?

— No, monseñor; únicamente sé que estaba en París.

El duque murmuró algunas palabras, que Gastón ni escuchó ni pudo oír.

— Mi hermano, pariente de la abadesa del convento, tuvo ocasión de ver en él á la joven, por cuya razón se prendó de ella y pidió su mano. Se solicitó para esta unión el consentimiento del príncipe, el cual fingió acceder; mas he aquí que de improviso, la joven, seducida por su pretendido protector, desapareció para siempre. Por espacio de tres meses esperó mi hermano encontrarla; pero todas sus diligencias y pesquisas fueron inútiles, á consecuencia de lo cual y no habiendo podido adquirir la más mínima noticia, lleno de desesperación, se hizo matar en la batalla de Ramillies.

— ¿Y cómo se llamaba la joven á quien amaba vuestro hermano? preguntó vivamente el duque.

— Todo el mundo lo ha ignorado, monseñor; decir su nombre, era deshonorarla.

— ¡No cabe duda; era ella! murmuró el duque, ¡era la madre de Elena! ¿Y vuestro hermano cómo se llamaba?... añadió en voz alta.

— Olivier de Chanlay, monseñor.

— Olivier de Chanlay... repitió en voz baja el duque. Bien decía yo que el apellido de Chanlay no me era desconocido. » Después, dirigiéndose de nuevo á Gastón, le dijo:

— Continúa, caballero; ya os escucho.

— No sabéis, monseñor, lo que es el odio adquirido en la infancia, y sobre todo en un país como

el nuestro. Yo idolatraba á mi hermano con todo el amor que hubiera podido profesar á mis padres. Llegó un día en que me encontré solo en el mundo. Crecí mecido en la soledad de mi corazón y con la esperanza de vengarme. Me eduqué en medio de gentes que me repetían á cada momento: « El duque de Orleáns es el que ha asesinado á tu hermano. » Al poco tiempo ese duque de Orleáns llegó á ser regente de Francia. En aquellos momentos se organizó la liga bretona: yo fui uno de los primeros que entraron. Lo demás ya lo sabéis, monseñor; por lo tanto podéis considerar que todo cuanto os he referido es para vos muy poco interesante.

— Al contrario, caballero, os engañáis acerca de este punto, replicó el duque; por desgracia el regente tiene que echarse en cara muchas faltas de ese género.

— ¿ Comprendéis, pues, continuó Gastón, que es preciso que mi destino se cumpla, y que no puedo pedir nada ?

— Sí, caballero, tenéis razón; es necesario que si las cosas se hacen, lo verifiquen por sí solas.

En aquel momento se presentó de nuevo en la puerta el teniente Maison-Rouge.

— Vamos, ¿ qué ocurre, caballero ? preguntó el duque.

— El señor gobernador ha recibido en efecto del jefe de policía la orden de permitir la comunicación

entre la señorita de Chaverny y el preso. ¿ Queréis que la conduzca aquí ?

— Monseñor... dijo Gastón, mirando al duque con ademán suplicante.

— Ya comprendo, caballero, ya comprendo; el dolor y el amor también se ruborizan, y sé que no quieren testigos. Yo vendré luego á buscar á la señorita Elena.

— El permiso es sólo para media hora, dijo Maison-Rouge.

— Entonces os dejo; dentro de media hora estaré aquí.

Terminadas estas palabras, saludó á Gastón y salió.

En seguida Maison-Rouge dió la vuelta alrededor de la habitación, examinó las puertas una por una, se aseguró que los centinelas estaban en sus puestos, y salió á su vez.

Pasado un instante, se abrió la puerta, apareciendo Elena pálida, trémula y balbuciente, dando las gracias y dirigiendo varias preguntas al teniente de la Bastilla, el cual la saludó muy cortesmente, y se retiró sin contestar.

Al verse sola Elena dirigió la vista á todas partes divisando por último á Gastón. Según había sucedido con el duque y contra la expresa costumbre de las ordenanzas que regían en la Bastilla, habían dejado solos á los jóvenes.

Gastón corrió al encuentro de Elena, y ésta al de Gastón, y sin otra idea que sus pasados sufri-

mientos y sombrío porvenir, se lanzaron con ardor el uno en brazos del otro.

— ¡Por fin! exclamó la joven con el rostro inundado de lágrimas...

— ¡Si, por fin! repitió Gastón.

— ¡Dios mío! veros en esta prisión, murmuró Elena, mirando con terror en torno suyo, ¡no poder hablaros con libertad, ser espiados, escuchados quizás!

— No nos quejemos, Elena, porque hay una excepción en favor nuestro. Jamás un preso ha podido estrechar contra su corazón á su esposa ó á una amiga. Comúnmente, ya lo habéis visto, Elena, el que viene á visitar permanece allá abajo arrimado al muro, el preso al otro extremo: un soldado se coloca en medio de la estancia y el punto de la conversación está fijado de antemano.

— ¿Y á quién debemos semejante favor?

— Indudablemente al regente, Elena; no puedo menos de decirlo; porque ayer cuando pedí al señor d'Argensón el permiso para veros, me contestó que no estaba en sus atribuciones el concederlo, sino en las del regente.

— Pero vamos, Gastón, ahora que os encuentro, referidme detalladamente lo que ha tenido lugar después de un siglo de lágrimas y sufrimientos. ¡Ah! ¡decidme si no me engañaban mis presentimientos! ¡Vos conspirabais! ¡oh! ¡no lo neguéis! ¡ya lo sabía yo!

— Pues bien; sí, Elena, sabedlo: los bretones somos tan constantes en nuestros odios como en nuestros amores; en Bretaña se formó una liga, en la cual toda la nobleza tomó una parte activa: ¿debía yo separarme de lo que hacían mis hermanos? Á vos os lo pregunto, Elena; ¿debía, podía yo hacerlo? ¿No me hubierais despreciado cuando hubieseis visto á todá la Bretaña sobre las armas, estando yo solo ocioso, con el látigo en la mano en vez de la espada?

— ¡Oh! no, no, tenéis razón Gastón. ¿Mas por qué no habéis permanecido como los demás en Bretaña?

— Los demás han sido presos lo mismo que yo, Elena.

— ¡Conque entonces habéis sido denunciados, os han hecho traición!

— Es probable; pero sentaos, Elena; permitidme que os mire mientras estamos solos; dejadme que os diga que sois hermosa, y sobre todo que os idolatro. Y vos, Elena, ¿cómo lo habéis pasado durante mi ausencia?... El duque...

— ¡Oh! ¡si vieseis, Gastón, cuán bueno es para mí! ¡qué solicitud! ¡qué agasajos!

— ¿Y en su solicitud y agasajos no habéis advertido nada que pueda hacer os sospechar?... dijo Gastón, recordando lo que el fingido la Jonquiere le habia indicado, y cuyo recuerdo le punzaba terriblemente.

— ¡ Gastón ! no comprendo.

— Quiero decir, que el duque es todavía joven, y que como os decía poco ha, vos sois bella en extremo...

— ¡ Oh ! ¡ Dios mío ! ¡ oh ! no, no, Gastón ; ahora no me cabe duda ; no hay engaño ; cuando se halla cerca de mí, como vos lo estáis es este momento, hay veces que creo haber encontrado á mi padre.

— ¡ Pobre niña !

— Sí, por una extraña casualidad, la cual no puedo explicarme á mi misma, hallo en la voz del duque y en la de aquel individuo que fué á verme á Rambouillet una semejanza tal, que en un principio me dejó asombrada.

— ¿ Lo creéis así ? dijo Gastón distraído.

— Pero, ¿ en qué pensáis ? ¡ Dios mío ! exclamó Elena ; me parece que no escucháis lo que os digo.

— ¡ Yo, Elena, yo, decís que no os escucho, cuando cada una de vuestras palabras retumba en mi corazón !

— ¡ No, Gastón, no ! ¡ Vos estáis inquieto ! ¡ Oh ! ya podéis calcular que todo lo comprendo : conspirar, equivale á jugar la existencia : pero tranquilizaos, mi querido amigo ; yo he dicho al duque que, si vos morís, moriré yo también.

Gastón se estremeció.

— ¡ Qué angelical sois ! dijo.

— ¡ Oh, Dios mío ! continuó Elena, ¿ comprendéis un suplicio semejante ? ¡ Ver que el hombre que una ama corre un peligro tanto más terrible cuanto que es desconocido ! ¡ saber que no se puede hacer por él nada en el mundo, sino derramar lágrimas inútiles, y esto cuando una daría la vida por rescatar la suya !

El semblante de Gastón irradió le felicidad ; era la vez primera que tan dulces palabras salían de los labios de su amada, y sobre todo en el momento de acariciar cierta idea que estaba fija en su imaginación.

— Á la verdad, Elena mía, dijo cogiéndola las manos : á la verdad os engañáis, porque podéis hacer mucho por mí.

— ¡ Santo Dios ! ¿ qué es lo que puedo hacer ?

— Podéis consentir en ser mi esposa, dijo Gastón mirándola fijamente.

Elena se sintió sobrecogida de una fuerte agitación.

— ¡ Yo esposa vuestra ! repuso.

— Sí, Elena ; esta resolución detenida mientras nos hallábamos libres, os es fácil realizarla durante mi cautividad. ¡ Elena, esposa mía delante de Dios y de los hombres ! ¡ Esposa mía en este mundo y en el otro, á través del tiempo y de la eternidad ! He aquí lo que con una palabra tan sola podéis hacer por mí ; ¿ creéis que sea insignificante ?

— Gastón, replicó Elena observando atentamente al joven, vos me ocultáis alguna cosa.

El caballero se estremeció de nuevo.

— ¡Yo! dijo, ¿y qué queréis que os oculte?

— Vos mismo habéis dicho que ayer visteis al señor d'Argensón.

— Sí, ¿qué tiene eso que ver?

— ¡Qué tiene que ver, Gastón! replicó Elena palideciendo; que estáis ya sentenciado.

El caballero improvisó una respuesta oportuna.

— Pues bien; sí, dijo; me han condenado á la deportación, y yo quisiera, porque soy muy egoísta, que os ligaseis á mí con lazos indisolubles antes de abandonar la Francia.

— Gastón, dijo Elena, ¿es cierto lo que estáis diciendo?

— Sí; ¿tendréis valor, Elena mía, de ser la esposa de un proscrito, y condenaros al destierro?

— ¡Y vos me lo preguntáis, Gastón! exclamó la joven con los ojos radiantes de entusiasmo. ¡El destierro!... ¡Oh! ¡gracias, Dios mío! ¡Yo que hubiera aceptado en vuestra compañía una prisión eterna y me consideraría aun demasiado feliz! ¡Oh! ¿conque voy á acompañaros, á seguiros? Reflexionad que esta sentencia es una dicha inmensa en comparación á lo que temíamos. Á excepción de la Francia, el universo entero será nuestro. ¡Oh! Gastón... Gastón, todavía podemos ser felices.

— Sí, Elena, sí, murmuró Gastón haciendo un esfuerzo.

— Es indudable, añadió la joven; juzgad cuál será mi satisfacción: la Francia será para mi el sitio donde vos os halléis: mi patria es vuestro amor. Estoy segura que á fuerza de adoraros, lograré haceros olvidar la Bretaña, vuestros amigos y todos vuestros recuerdos.

Gastón se apoderó de las manos de Elena y las cubrió de besos.

— ¿Han fijado el lugar de vuestro destierro? repuso Elena; ¿os lo han participado? ¿Cuándo marcháis? Partiremos juntos, ¿no es verdad? Responded.

— Elena mía, contestó Gastón, es imposible; por de pronto nos separan: debo ser conducido á la frontera, ignoro hacia qué punto; una vez fuera del reino, estaré libre, y entonces iréis á reuniros conmigo.

— ¡Oh! otra cosa mejor, Gastón, exclamó Elena; otra cosa mejor: por medio del duque sabré con anticipación el país á donde vais, y en vez de ir á reunirme, iré á esperaros. Al bajar del carruaje me encontraréis allí con el objeto de mitigar la aflicción de abandonar la Francia, pues sólo la muerte es la que no tiene remedio: pasado algún tiempo, el rey os perdonará; más tarde quizás la acción por la cual hoy se os castiga merecerá una recompensa. Entonces daremos la vuelta; entonces nada

nos impedirá volver á nuestra querida Bretaña, á esa cuna de nuestro amor, á ese paraíso de nuestros recuerdos. ¡Oh! añadió Elena con un acento de amor mezclado de impaciencia, decid que participáis de mi esperanza, que estáis contento y que sois feliz.

— ¡Sí, sí, Elena, sí! exclamó Gastón; soy efectivamente dichoso, porque hasta ahora no he sabido que me amaba un ángel. Sí, sí, Elena, lo confieso, una hora de amor como el vuestro y después morir, vale más que una larga vida sin ser amado.

— Y bien, veamos, continuó Elena concentrando todos sus pensamientos en el nuevo porvenir que se le presentaba, ¿qué vamos á hacer ahora? ¿me dejarán volver aquí antes de que partáis? ¿Cuándo y cómo nos veremos? ¿Podréis recibir mis cartas? ¿Os permitirán que me contestéis? ¿Á qué hora podré presentarme mañana en vuestra prisión?

— Se me ha prometido que nuestro matrimonio tendrá lugar esta tarde ó mañana.

— ¡Aquí! ¡en una prisión! dijo Elena estremeciéndose á pesar suyo.

— En cualquier parte que se verifique, ¿por ventura no me ligará á vos para siempre?

— Pero, replicó Elena, ¿si faltasen á la palabra dada? ¿si os hiciesen marchar antes de volveros á ver?

— ¡Ay de mí! dijo Gastón en extremo oprimido;

esto es todavía posible, mi pobre Elena, y he ahí lo que yo temo.

— ¡Dios mío! ¿creéis pues que esté tan próxima vuestra partida?

— ¿Ignoráis, Elena, por ventura que los presos no se pertenecen? ¿que de un momento á otro pueden arrebatarnos y llevárselos?

— ¡Oh! ¡que vengan, que vengan! exclamó Elena, más pronto seréis libre, y nos veremos reunidos. No tengo necesidad de ser tu esposa para seguirte, para reunirme á ti. Conozco demasiado la lealtad de mi Gastón, y desde hoy te considero ya como mi esposo antes Dios. ¡Oh! marcha pronto, Gastón, porque cuanto más estés encerrado entre estas lóbregas y sombrías paredes, tanto más temeré por tu vida: parte, y dentro de ocho días nos veremos reunidos sin que nos amenace la ausencia, y sin testigos que nos espíen.

Al terminar estas palabras, se abrió la puerta.

— ¡Oh Dios mío! ¡ya! exclamó de nuevo Elena.

— Señorita, dijo el teniente que se presentó, el tiempo concedido para vuestra visita ha cumplido ya.

— ¡Elena! murmuró Gastón apretando las manos de la joven con un estremecimiento nervioso que no podía reprimir.

— ¡Qué! querido amigo, replicó Elena mirándole asustada; ¿qué tenéis? os habéis puesto pálido.

— ¡Yo!... no, no, nada, repuso Gastón haciendo

esfuerzos para serenarse ; no tengo nada. Después de lo cual besó las manos de Elena sonriéndose.

— Hasta mañana, dijo la joven.

— Si, hasta mañana.

En aquel instante el duque apareció en el umbral. El caballero corrió presuroso hacia él.

— Monseñor, le dijo Gastón cogiéndole las manos, haced todo lo que podáis para lograr que sea mi esposa. Si no os es posible alcanzarlo, prometedme á lo menos que la adoptaréis por hija vuestra.

El duque estrechó las manos de Gastón; estaba de tal modo conmovido que no podía responder.

Elena se aproximó; el caballero guardó silencio por temor de que la joven no comprendiese algo.

Tendió una mano á Elena, que le acercó la frente; gruesas y silenciosas lágrimas surcaban las mejillas de la joven. Gastón apartaba la vista para no llorar.

Por último, fué preciso separarse. Los dos jóvenes cambiaron una larga y última mirada.

El duque tendió la mano á Gastón.

Era una cosa sumamente extraña semejante simpatía entre dos hombres de los cuales el uno había venido de tan lejos para matar al otro.

Después que la puerta se hubo cerrado, Gastón cayó desplomado sobre una silla. Las fuerzas todas del desventurado joven se habían agotado.

Trascurridos diez minutos, entró el gobernador;

venia á buscar á Gastón para conducirlo á su estancia.

El caballero le siguió pensativo y silencioso, y cuando el gobernador le preguntó si deseaba algo, ó si necesitaba alguna cosa, movió la cabeza en señal de negativa.

Ya de noche, la señorita de Launay hizo la seña, la cual indicaba que tenia que comunicar algo á su vecino.

Gastón abrió la ventana y tomó un papel dentro del cual habia otro.

Procuróse luz por los medios acostumbrados. La primera carta venia dirigida á él, y estaba concebida en los términos siguientes :

« Querido vecino :

- » La cocha no era un mueble tan despreciable
- » como yo creía ; encontré dentro de ella un papelito en el que se hallaba escrita la palabra que
- » anteriormente me habia dicho Herment : *Esperad*.
- » Además contenia la adjunta carta para el señor
- » de Richelieu. Pasadla á Dumesnil, que la trasladará al duque.
- » Vuestra afectuosa amiga.

» DE LAUNAY. »

— ¡ Ah ! exclamó Gastón con melancólica sonrisa ; ¡ cuando ya no exista, cuánta falta les haré ! Dicho esto, llamó á Dumesnil y le entregó la carta.